

12 de Junio de 1923  
MURCIA Y SEVILLA  
LIDER

SE PUBLICA DIARIAMENTE EN MADRID - BARCELONA - BILBAO - MURCIA Y SEVILLA

EDICIÓN DE LA MAÑANA

La diaria municipal

**Este no tiene arreglo**

A pesar de nuestras quejas que han sido recogidas en una protesta ardiente y honda que palpita en todo el vecindario y especialmente en el barrio del Carmen, no ha puesto el Ayuntamiento de su parte lo que era de esperar.

Por el contrario, ayer se repitió el escándalo formidable de las polvaredas en toda esa visible parte de Murcia y sobre todo, en la nueva avenida que va desde el Rollo a la estación.

Aquello era una verdadera vergüenza municipal, digna de que los parlamentarios que anoche marcharon a Madrid, se ocuparan de ello en las Cortes.

Todos nuestros representantes pasaron por debajo de aquel túnel de polvo que ponía en peligro las vidas, porque los carruajes que discurren en uno y otro sentido, no se veían unos a otros y porque además, la asfixia se apoderaba de las pulmones de una manera mortal.

Y todo esto lo venimos diciendo un día y otro día y todo esto se viene tomando a beneficio de inventario... y todo esto lo aguantó el pueblo sin otra protesta más ensurable y más resonante.

Y ese que no habíamos de otras calles del centro de la urbe, por que los dejamos para después; pues queremos a todo rigor competir con los faraones y por eso insistimos en la vergüenza de Beticos.

Cuando esto se solventó entre nos con lo demás, entre lo que se encuadra la herida local de Sagasta, que bien merecía también una mirada municipal de compasión.

Ahora bien, que ese barrio del Carmen, esa av. de la Estación no puede quedar así al efecto de abandono en que se encuentran.

Si no hay brote de fiebre para ello, que se habiliten carros para recoger por lo menos dos veces al día, pero de ningún modo hacer oídos sordos a una parte de población que merece los respetos del Ayuntamiento, por sus habitantes y por los faraones que la ensucian a diario, deshaciéndose en maldiciones para los encargados de tener en condiciones de tránsito los sifones que no pueden evitarlos cruzar ninguna persona que entre a Murcia.

Si no hay brote de fiebre para ello, que se habiliten carros para recoger por lo menos dos veces al día, pero de ningún modo hacer oídos sordos a una parte de población que merece los respetos del Ayuntamiento, por sus habitantes y por los faraones que la ensucian a diario, deshaciéndose en maldiciones para los encargados de tener en condiciones de tránsito los sifones que no pueden evitarlos cruzar ninguna persona que entre a Murcia.

Por muy pocas pectas de que disponga la Caja municipal, no será tanto la escasez que no pueda pagarse unas cuantas pipas diarias que eviten esas borrascas que ocasionan seguramente algunas desgracias, de las que serán responsables los que deben evitar esta vergüenza y no la evitan.

¡Se hará así hoy y los días sucesivos!

Allá lo veremos; pero hemos de insistir sobre el asunto llegando hasta donde sea preciso llegar, por muy lejos que sea encadenar al fin.

¿Qué hará el Municipio con los que se negaron a pagar el impuesto?

Por sabido se calla.

Pero preguntamos nosotros: ¿Qué debe hacer el pueblo contra su Ayuntamiento si no lo da los medios necesarios para poder vivir ni en sus propias casas?

Muchas bien el señor alcalde interino y con su buen juicio, busque una inmediata solución a

este problema, porque de lo contrario, puede acarrear lamentables consecuencias.

EN LA ALTA CAMARA

**El dilema abandonista**

«Tánger español, España abandona Marruecos»

Como enmienda al Mensaje de la Corona, desarrolló ayer tarde en el Senado una interpelación sobre política de España en Marruecos el conde de la Mortera.

Especializado en cuestiones internacionales y africánica ilustre, don Gabriel Maura tuvo la atención de la Cámara y de las tribunas durante la hora que invirtió en su discurso.

Consideramos como puntos esenciales del mismo la condenación fulminante de la política rascista y la posición definida por el orador con ocasión de la Conferencia de Londres para tratar del Estatuto de Tánger.

No habló en nombre de ningún partido, ni ostentaba más representación que la suya el ilustre parlamentario; y tuvo, sin embargo, extraordinario interés su discurso, porque se suponía que la contestación del Gobierno acaba de desvanecer las temeridades del pacto con el Raisuni e informaría a la opinión pública sobre la posición de España en la Conferencia de Londres, respecto a Tánger. Y en esto quedaron totalmente defraudadas todas las esperanzas, porque el Gobierno, representado por el ministro de Estado, salió del paso con habilidades diplomáticas, en que es maestro el señor Abarca, y no dijo absolutamente nada que pudiera contribuir a calmar las inquietudes de la opinión, ni a establecer orientaciones que permita conocer ni el presente ni el porvenir de España en África.

El pacto con el Raisuni es una herencia del Gobierno anterior, una herencia que este Gobierno no puede tomar a beneficio de inventario, porque no puede optar en este asunto, ya que recibir el pacto sería complicar gravemente la situación de España en África. Aquí no pacificada la parte oriental de nuestra zona de influencia, sería temerario encender la guerra en el sector occidental.

Y por lo que se refiere a la Conferencia de Londres, ni tiene la importancia que por ahí se le da, ni el ministro de Estado puede desentenderse al tratar de este asunto de la obligada dirección que le impone el silencio. Se trata de una conferencia de técnicos, que se celebrará este mismo mes, y en la que, por ahí, no se ha de resolver nada deficitivo.

El punto de vista del conde de la Mortera es bien concreto: O Tánger español, o España abandona el territorio africano, refugiándose en las plazas de soberanía y dejando a otras potencias la misión que nos asignó el Tratado del año 12. El punto de vista del Gobierno español no fué definido ayer por el ministro de Estado. Sus palabras fijaron una actitud expectante y anunciaron el propósito—no falta más!—de defender los derechos de España.

Así como hoy se conoce por los periódicos los términos en que se desarrolló el diálogo entre el ministro de Estado y el conde de la

Mortera, candirá por todas partes la dolorosa impresión que produce el hecho de que no sepa nunca el pueblo español adónde le llevan los gobernantes que tienen a su cargo la política de España en África.

Se la dijo últimamente que había terminado la aventura guerrera; que se implantaba con firme resolución el protectorado civil; que se repatriarían tropas; que se organizaría un ejército colonial; que era inmediata la pacificación del Rif oriental y occidental... Y ahora resulta que no hay nada de lo dicho; que en Occidente el Raisuni es la guerra, lo mismo con pacto que sin pacto; que en Oriente se impone, por la realidad de las circunstancias, una nueva sangrienta fase de un protectorado que fué siempre cruento; y que de lo tratado y resuelto en Londres, nos enteraremos luego, porque el régimen de opinión y publicidad no reza para asuntos de Estado, que tienen tramitación diplomática.

Todo ello induce a pensar que el Gobierno de la concentración democrática, por ley de herencia o por propias culpas, más que el Gobierno de las responsabilidades, será, andando un poco el tiempo, un Gobierno más de responsables.

DE EL LIBERAL de Madrid.

LA RÍA REJA

Cuando ese iba mis versos voy como el caminante que se aleja y se aleja, con la corriente en los labios por la senda adelante en busca de una novia que lo espera en la reja con el pecho anteñido.

Ahora quebraba una espiga, luego cortó un romero, talló, unió ambos, y cada vez se acuerda el cantar más ligero; porque siempre una copla es un coloquio entero con la novia lejana, cuando estamos a solas.

Cuando escribo, mis versos forman una divina reja con sus renglones, y mi p'usa por ellos con su copla camina como un novio arrogante que su osbez inclina cargada de ilusiones.

En todas mis estrofas la emoción he sentido de asomarme a esa reja, a esa reja de ritmo que para ella fué brumido, con la tierna palabra que pita y semeja la media voz con que hablo a una novia en su oficio.

P. JARA CARRILLO

ORIHUELA

Las elecciones provinciales

Con escaso interés se deslizaron las elecciones provinciales, pues los candidatos de oposición abandonaron la lucha.

Resultaron triunfantes los candidatos oficiales señores don Antonio Balaguer, don Manuel Lucas Ibáñez, don Manuel Castell y don Vicentes Sorribes, a los que enviamos nuestra enhorabuena.

Los méritos titulares

Se han constituido en asociación, eligiéndose la Directiva de los de este partido judicial en la forma siguiente:

Presidente, don José de Madariaga; vocal primero, don José Claravalls; vocal segundo, don Tomás Bueno Llopis; tesorero, don Joaquín Santonja y secretario, don Luis Bueno García.

Además, todos los reunidos eligieron al señor Madariaga para compromisario para elegir la Junta Provincial de los méritos del Cuerpo de los titulares.

Felicitamos a los elegidos.

Vizcaya

Para jurar el cargo de diputado a Cortes en la sesión de constitución del Congreso, que tendrá lugar mañana tarde, ha salido para Madrid nuestro distingui-

do amigo el joven letrado don José Martínez Arenas.

Teatro Circo

La proyección de la interesantísima película «Los tres mosqueteros» lleva a este coliseo un público numerosísimo todos los días que se exhibe. La empresa, deseosa de que sus favorecedores no interrumpan el interés de la suggestiva novela, está procurando realizar una combinación a fin de poder proyectar seguidas las partes que faltan, para lo cual tendré que realizar un nuevo sacrificio pecuniario, pues tendré la cosa propietaria que rescindiré contratos con otras empresas en otros pueblos. — Corespondense.

NUEVO ABOGADO

En los últimos exámenes celebrados en esta Universidad ha obtenido el título de abogado nuestro querido amigo don Jesús Gallego.

Nuestra más cordial enhorabuena,

desde al nuevo licenciado en Derecho muchos éxitos en su carrera.

EXAMENES

Ya están un poco lejanos mis días de estudiante, pero aún me amarga la vida el recuerdo de la inquietud de los exámenes. Examinarse era una cosa seria, y aún más seria que ahora, aunque parezca paradójico, cuando el examen se fiaba a la suerte, en aquellas tres bolitas que había que sacar de un bombo. Entonces se podía dar, ante la indiferencia de Minerva, el caso de la suprema suerte y la suprema desgracia. El examen era una prueba de ruleta.

El catedrático, detrás de la mesa, y siempre en alto, para dominar mejor al alumno, parecía decir con su sonrisa: Aquí no intervergo yo, todo es obra de la fortuna, y de este modo, saían no pocas licenciados por casualidad.

Se dirá que entonces los exámenes tenían algo de juego, un juego seguro para los buenos estudiantes, porque siempre ganaban y un juego peligroso para los holgazanes. Tan peligroso, que algunos se acercaban al bombo de las bolas como si se fuesen a jugar la vida.

Los exámenes, poco a poco, se van humanizando; también se enseña mejor y se estudia más concientudamente; pero el trágico de los exámenes subsiste: esa tragedia de los tres amigos que se reúnen por la noche en torno de una mesa y ante unas tazas de café muy cargado, para repasar la asignatura. Yo sé que esta noche no se aprende nada; las ideas se embarrillan y todas las definiciones se evaporan en nuestra memoria; más en esta noche el mal estudiante, avaro de los minutos y de los segundos, rinde un breve tributo a la sabiduría.

El estudiante que no haya visto una aurora de Janio, que no haya temblado con el primer frío de esta madrugada memorable, que no haya contado todas las horas en todos los relojes, el grave de la Catedral y el juguete de voz infantil, del pasillo; que no haya averiguado quién es el vecino más trasnochador de la calle y la vecina más madrugadora, y el momento justo en que cada campana comienza a llamar a cada misa, ese estudiante no puede disfrutar con el recuerdo de la más honda inquietud juvenil.

El estudiante que no haya visto una aurora de Janio, que no haya temblado con el primer frío de esta madrugada memorable, que no haya contado todas las horas en todos los relojes, el grave de la Catedral y el juguete de voz infantil, del pasillo; que no haya averiguado quién es el vecino más trasnochador de la calle y la vecina más madrugadora, y el momento justo en que cada campana comienza a llamar a cada misa, ese estudiante no puede disfrutar con el recuerdo de la más honda inquietud juvenil.

Claro que hay muchos días al año para estudiar, pero no existe sino una sola noche para sentir plenamente la voluptuosidad del estudio. En esta noche los libros adquieren todo su valor humano, y nos advierten para lo que sirven y para lo que no servirán nunca. Además nos hablan al oído como un remordimiento.

Con brillantes notas ha terminado el primer y parte del segundo año de la carrera de Derecho en la Universidad de Murcia, nuestro querido amigo don Francisco Morata Carmena.

A su amigo el joven letrado don José Martínez Arenas.

Los libros que se agotan en una hora; mas estos libros no sirven para los exámenes.

Esteban Basíter, hijo de nuestro buen amigo don Simón. Resibas padres e hijo nuestra enhorabuena más cordial.

—En la Escuela Parcial de Comercio se ha examinado, obteniendo una matrícula de honor y varias sobresalientes, al apodado Jover don Alberto Muñoz.

A sus señores padres le damos nuestra más sincera enhorabuena.

La procesión de ayer

Concurridísima como todos los años se vió ayer la procesión en honor al Corazón de Jesús en la popular barriada de San Cristóbal.

La procesión estuvo presidida por el cardenal arzobispal de la Catedral de Murcia don Bartolomé Fernández, y el entusiasmo que recibió fue grande. — 11 Junio.

LOS POLÍTICOS DE VIAJE

En el correo de noche marcharon a Madrid con objeto de concurrir a las sesiones de Cortes de la presente semana los políticos murcianos señores Clervay, Guillamón, Llovera y Guillamón.

También pasaron por esta estación con dirección a la Corts y p'ocedentes de Cartagena los políticos señores García Vaso don José Masaveu y don Miguel Rodríguez Valdés.

CÁMARAS DE COMERCIO

Para la Asamblea de Valladolid Ha salido para Valladolid, en donde en breve tendrá lugar una importante Asamblea de todas las Cámaras de Comercio de España, el secretario de la Cámara de Murcia nuestro estimado amigo don Gerónimo Ros.

El señor Ros representará en tan importante Asamblea, en la que se han de tratar y discutir interesantes temas de gran interés, a la Cámara de Comercio de Murcia.

CARTAGENA

La novillada de ayer

Si no fuese por qué nací en suelo español, era cosa de aburrir a la fiesta nacional, cuando se celebra sorrida como la de ayer.

Un muchacho, cartagenero, hijo de distinguida familia que quiere ser torero y le sale la costura y todo, un joven apodado apodado «Ordeño», que nació más que tiene una gran dosis de valentía.

Trajo «Miant» para esta fiesta cuatro bocinos, según dicha, cuatro novilladas que fueron muy bravas, siendo esto más consabido para los matadores que su superiora a los que quieren ser partidarios de ellos.

«Cordobés», que tiene valentía, si no es que el pueblo está apercebido de todo ello y no le cogiera de sorpresa nada de cuanto pueda ocurrir.

Desde Lorca

En el Casino

El domingo a las tres y media de la tarde, se celebró la jura general extraordinaria convocada por la directiva, para dar cuenta de los varios proyectos que presentaba para su mejoramiento la situación económica de la cosa.

Después de leída el acta de la sesión anterior por el señor secretario y quedado aprobado, el presidente asumió la presidencia de la directiva de la situación del Casino y sometió a su consideración y aprobación tres proyectos, los cuales se sometieron a su estudio, siendo desechados por no asistir las tres cuartas partes de los socios que son necesarios para la modificación del reglamento.

Se originó un terrible escándalo seguido de un formidable pateo, y en vista de la inutilidad de la directiva presentó la dimisión con carácter irrevocable.

De los banderilleros nombraron solo a Trivino que estuvo muy valiente y deportivo.

Jah y el toro se guardó para mejor ocasión, pues el fraile había servido para que desapareciese el Bosco-Club.

EL ACORAZADO «ESPAÑA»

Aunque el corresponsal de «La Verdad» en Cartagena, no quería, ha quedado listo, obedeciendo órdenes del Gobierno para zarpar donde se le indique (Marruecos), el acorazado de nuestra marina de guerra «España».

</



el voto. A las siete horas el voto lo siguió, votando a favor la Comisión de las espigas.

III

Alláveas las mañanas, lo visto de pronto la idea de que no tenía ganas. Una novia con las manos del general Alarcón dándole, no más, aún los visto y medio. Se precipitó fuera de la casa, ate reflexiones que el alzamiento de moratoria no estaría abierto a tales horas, y dando zancadas como un granero arroyo le salió del dormitorio, encantado, efectivamente, cerrada la tienda.

Tres alfileres, la lechera y dos gendarmes observaron extraños factos en la novia, que daba granza profesionales los postigos de la moratoria, llamando a su dueña.

IV

Había no abría, y la que aparecía fué la señora Damiette, la de la tienda de comedidas, una mujereta rubia y gruesa, escondida en el fondo de una capucha envuelta donde vestía blusas, bocaneras inglesas y sardinas saladas. Salió vivamente a la calle y corrió hacia Luisa, que tocaba el redoble con su marido.

— ¡Adelante! — gritó Luisa, que pataleó así? ¡Y con traje de ésta! Querida mía, entre en seguida en mi casa! — No tardaré usted que se guardará poco rato! La señora Leiteau se abra ante de las nueve... — Luisa, hermosa, desapareció, se dejó llevar a la tienda de la señora Damiette, que la instaló detrás del mostrador, entre una pila de huevos y un barril de aceitunas, y ante una taza de café. Allí permaneció largo rato, perdida en un vago ensueño, hasta que, de repente, pasó que las tres plazas de carne se sintieron suficientes para la corrida de boda, y que sus propias orejas de otra. Y dando la gracia a la lechera, se lanzó hacia la carnicería. El grueso Marqués se encontró en la grasa, desaparecida la sonrisa en su cario. Con la boca abierta y los brazos llenos de sangre, contempló a la muchacha Luisa, que, con los zapatos de seda entre la peña, le enseñaba una píena de carnero.

— ¡Ay, señores! — dijo, por fin. — No sé qué es lo que yo sabré lo que es llevármela. Pero gente usted bien en volverá a su casa el gallo. No parezca que se prepara un batazo extrañísimo.

Luisa levantó una ceja; el cielo apretó sombra, y gruñó: — ¡Tú, que eres mucha de cinco oídos, empaparás a esa! — y huyó calle abajo, tirándose la pluma y se coló en la tienda; cuya puerta estaba entre abierta.

— ¡Come, señora! — exclamó la dueña. — ¡Tú, que eres mucha en el día de tu boda, y aderezada ya pa' la noche!

— ¡Necesito unos guantes, señora! — exclamó la gruesa Luisa, toda roscada; — necesito guantes blancos de lino. ¡Me habla olvidado de comprártelos!

Mientras se probaba los guantes, justas las sienas, facilitando el busto, sudando de angustia y con la lengua fuera, se quejó que el agujero se sacudía en tremble, y que las gotas de lluvia sentaron el sueño como si fuese una profecía.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos herederos.

— Los herederos? Pero si sus herederos, son sus dos hijos! — declaró el viejo mayordomo, que desde hace muchos años estaba al servicio del compositor. — No hay que buscártelos — porque están aquí, en esta casa.

— ¡Como no se le ocurre familia, que orígenes prestaron la declaración asombrosa y un notario se presentó en el domicilio del difunto para favorecer la sucesión y buscar a los herederos.

— ¡Los herederos? Pero si sus herederos, son sus dos hijos! — declaró el viejo mayordomo, que desde hace muchos años estaba al servicio del compositor. — No hay que buscártelos — porque están aquí, en esta casa.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

A estos los presentó el mayordomo: uno es José, de 41 años, y el otro es Fernando, de 40. Desde que nacieron ninguno de los dos ha salido de la casa paterna. Se llevaban al amazón y se acostaban cuando estuviesen; no han recibido ninguna instrucción y su existencia pasó durante tantos años ignorada, excepto del mayordomo y de los criados de confianza.

La ausencia de todo ello, es que José y Fernando son estúpidos y su padre, a su lado, sentía vergüenza de haber tenido esos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera pena, paraíso, con los ojos estupidos y los brazos caídos.

Este declaración dejó estupefacto al notario, de cuya estupificación partieron cuantos oyeron al viejo mayordomo. Todo el mundo tenía al compositor por un solterón resuelto, a quien jamás se le ocurría que los coquetos de plástico género son una mujer. Se ignoraba que se hubiese tratado, que sayularda y que de su matrimonio hubieran nacido dos hijos.

— ¡Ay, señora! — gritó la suave señora Leiteau, que reía para sí. — ¡Cómo se marchará usted ahora, se fortalece Luisa?

La señora Luisa no daba cosa. Llevaba abundantes sus gruesos dedos en los guantes, propios a respetar de paro niñas, y miraba que el Génio de la Bárbaro contra los críos les diera

